



Revista de Literatura Hispanoamericana

No. 58, Enero-Junio, 2009: 90 - 112

ISSN 0252-9017 ~ Dep. legal pp 197102ZU50

## Teoría del incesto y la propiedad en “*Sobre Héroes y Tumbas*”

Alejandro Hermosilla Sánchez

Universidad de Murcia.

E-mail: [adler136@hotmail.com](mailto:adler136@hotmail.com)

### Resumen

El artículo intenta analizar distintos personajes de *Sobre héroes y tumbas* que realizan una fuerte acción política dentro del libro para realizar una interpretación sobre sus acciones a partir de la noción del incesto bíblica. Esta interpretación será esencial para comprender determinadas acciones de personajes como Fernando Vidal Olmos o Carlos. Efectivamente, esta interpretación nos permitirá tener una perspectiva antropológica de las acciones de muchos de los personajes compuestos por Ernesto Sábato en esta novela para llegar a tener una visión global de las distintas concepciones que han influido en la creación del país argentino.

**Palabras clave:** Anarquía, incesto, ley, padre, robo.

## Theory of incest and property in "Sobre Héroes y Tumbas"

### Abstract

The article tries to analyze different prominent figures in *Sobre Héroes y Tumbas* that perform a strong political action in the book, in order to interpret their actions based on the biblical notion of incest. This interpretation will be essential for understanding certain actions of characters such as Fernando Vidal Olmos or Carlos. This interpretation will allow us to have an anthropological perspective of the actions of many of the characters composed by Ernesto Sábato in this novel, in order to arrive at a global vision of the different concepts that have influenced creation of the country of Argentina.

**Key words:** Anarchy, father, incest, law, theft.

Sin duda, el punto más conflictivo –o, al menos, el que más debates y teorías ha suscitado– en lo que concierne al relato genésico de Caín y Abel es, sin duda, la posibilidad del nacimiento de unas hermanas gemelas junto a los famosos hermanos del relato bíblico. Se habla de dos hermanas de Caín y de Abel con las que se labraría la descendencia de la estirpe judía e, incluso, de la posibilidad de la existencia de una tercera mujer. Para el Talmud, estas primeras mujeres serían hijas naturales de Adán y Eva e incluso algunos Midrachs han sugerido que la lucha entre Caín y Abel se produce por el amor de una de ellas.

En realidad, tal y como está narrada la historia bíblica, no se nos

deja otra salida que pensar que las primeras relaciones de los seres humanos entre sí fueron incestuosas. Y podemos imaginar que una vez que Caín se viera apartado de la madre por el padre y, una vez crecido, su deseo debería volverse hacia sus hermanas. El incesto es lo primero y prohibirlo provoca una inevitable lucha entre el ser y uno mismo. Entre la parte animal del ser humano y su parte social y humana que se verá obligado a seguir contra su voluntad, en el momento en que comience el tiempo de la ley. El Levítico dedica todo un capítulo a mostrar las penurias y agrias consecuencias del incesto y lo prohíbe con una furia inusitada. Aceptar la ley es para el sujeto aceptar su caída en el tiempo,

conformarse como ser histórico y, al mismo tiempo, preparar el advenimiento de la época mesiánica.

Lo que sucede es que si hubiéramos de tomar la historia bíblica al pie de la letra, la humanidad habría sido forjada en el incesto y, por tanto, la legitimidad que se intenta donar al matrimonio descansaría bajo un hecho falso. En realidad, la mujer o el hombre unidos en matrimonio pertenecerían a esa primera antigua familia separada y destinada a errar a través del tiempo y, por tanto, aunque hombre y mujer creyeran estar contrayendo matrimonio con un ser no perteneciente a su familia, estarían haciéndolo con un hermano o hermana anterior. Esta es la consecuencia última que podemos extraer del relato genésico. La familia tendría como base el crimen y el incesto. Y no sería descabellado pensar entonces que Caín se acostara con Eva para procrear a su hermano Seth.

Este es, sin duda, uno de los grandes problemas planteados por el relato bíblico. Un problema que, por supuesto, perece y agota su sentido en el momento en que nos planteamos la existencia de otras razas y culturas o afrontamos el problema del "otro". Es entonces cuando surge la duda de si el clan familiar distinto al judaico también tendría su origen en un incesto, ante lo que, por ejemplo, Josy Eisenberg no duda en afirmar que en la antigüe-

dad, los seres humanos debían casarse "en el seno de su familia próxima, con todo lo que esto comporta de tranquilizante para el individuo y el clan: una especie de autarquía afectiva y socio-económica unida a la procreación en un ciclo cerrado" (Abécassis y Eisenberg, 2004: 652).

De esta manera, y si hemos de seguir estos argumentos, el incesto sería constitutivo de todo pueblo y sólo podría romperse el mismo en la construcción de un hombre, pueblo, raza o clan al mezclarse con un pueblo extranjero, un "otro" que, lógicamente, y debido al desconocimiento y al miedo, debería sentirse al principio como enemigo invalidando la posible unión carnal y manteniendo la situación incestuosa durante un tiempo indefinido. Es ahí, por tanto, donde radica, sin duda, otra de las contradicciones del establecimiento de la ley y el porqué toda dictadura monoteísta al estar basada sobre una ilusión que se niega a observar la vida desde un punto de vista plural, termina por disolver a sus miembros en una decadencia radical, anula todo ánimo de vida y frena los estímulos creativos. La ley prohíbe lo que más desean los individuos, lo que los constituye o determina y finaliza —si queremos seguir el relato bíblico— por contradecirse a sí misma. Frena en el individuo aquel impulso que le concedió la existencia y prohíbe lo que ha debido ser permitido para

construir la fuerza del clan. Aplaca el impulso autoritario por la cual ella misma se ha levantado para poder realizar el trasvase de ley particular (exclusivamente dedicada a un solo pueblo) a ley universal y que, por tanto, ha de ser respetada, a la fuerza o no, por todos los pueblos y habitantes del planeta.

Creo que, sin duda, esta noción del incesto es fundamental para comprender los últimos sentidos del actuar de la familia Olmos en *Sobre héroes y tumbas*. Una familia bajo cuyos mandatos se doblegaron los enemigos indígenas, fue dominada la salvaje naturaleza americana y que, en la línea Acevedo, llegó a participar de los más altos estadios de la vida del país argentino, (un clan que durante un tiempo fue uno con la ley y, por tanto, conoce sus entresijos), habría de forjar una batalla rebelde contra la misma, en el momento en que ésta no le fuera favorable. Además, el incesto es una manera de luchar contra el origen o descubrirlo aunque sea a través de la materia. Es una forma de desnudarlo y renegar contra él pues la ley que está en el origen de la conquista americana ha terminado por ser partícipe y propiciar la autodestrucción de sus más fieles partidarios y antiguos ejecutores. Es la ley que justifica el nacimiento del reino único la que no puede reconocer la presencia del "otro" en su total alteridad o, lo

que es lo mismo, se niega a validar las leyes de los "otros" y, por tanto, crea un radical corte entre deseo, realidad y deber que antes o después hace estallar a sus seguidores en dos bandos. La ley no justifica guerra alguna pero la propicia. Y, sin embargo, atentar contra la ley -el principio de realidad y el dominio que propicia la introducción en el estadio de lo simbólico al ser humano- significa deshacerse en una anarquía que sin autorregulación y bajo el dominio de lo imaginario puede llevar al hombre a la soledad y cegueras totales y la autodestrucción. El padre puede morir al contrario que la madre, pero no se puede asesinar al padre sin que éste siga latiendo en nuestro interior. Asesinar al padre o a la ley es afirmar precisamente la radical superioridad del objeto contra el que deseábamos luchar. Y si nos damos cuenta, intentando ejemplificar esta cuestión dentro de los comportamientos y caracteres de *Sobre héroes y tumbas*, la relación de Fernando Vidal Olmos con su padre -como nos informa la narración de Bruno- es más la de una rivalidad que la de una amistad: "Fernando no pertenecía del todo a la familia, pues poseía, aunque por golpes, por furiosos accesos, una frenética energía, bien que esa energía fuese empleada siempre para la negación o para la destrucción, rasgo éste que sin duda heredó de su padre, espíritu

inferior pero dotado de una fuerza violenta y tenebrosa, fuerza que pasó a su hijo, aunque éste lo odiase y se negase a reconocerlo y hasta es posible que lo odiase y se negase a reconocerlo por lo mismo que descubría en sí mismo los atributos del hombre que tanto aborrecía y que, siendo chico, intentó envenenar” (Sábato, 2000:446).

En suma, todo el trasvase de la realidad de Fernando Vidal Olmos observado a través de Bruno ha de informarnos de esta cuestión. Y de una manera sutil la misma nos es expuesta desde las circunstancias particulares de la familia Olmos para poder luego asistir a su desarrollo en la historia del país argentino. La lucha cegada de Fernando o, mismamente, de los anarquistas y asaltadores de los que se rodea, es la lucha contra el mismo poder que les ayudó en un pasado a forjar su vetusto reinado que degeneró en la situación paupérrima que viven actualmente.

No es casualidad que se encuentre un gran número de personalidades judías detrás de todas las grandes revoluciones de nuestro tiempo. Uno de los cerebros de mayo de 68, Herbert Marcuse,<sup>1</sup> intentó conciliar

los pensamientos de dos judíos disidentes –Freud y Marx– para hacer estallar los cimientos de la sociedad burguesa y creo que es vano mencionar el nombre de Trosky y su decisiva importancia en los hechos que propiciaron la Revolución Rusa. Es lógico, quien se ha sentido portador de la ley, quien ha recibido los derechos –legítimos o no– para formar parte del pueblo elegido por Dios para llevar su mensaje al mundo, es el primer esclavizado a la ley, quien siente su yugo estrecho más cercano a su ser y, por tanto, en el momento de disentir de esa misma ley o alzar una contrarrevolución contra los todopoderosos estados modernos que ocupan el lugar de Dios sabe, con más precisión que el resto de los componentes de la sociedad a la que pertenece, los puntos débiles de la misma. Las estructuras a través de las que se ha forjado. Y no ha de haber mayor liberación y anhelo para un hombre que se ha visto sometido a la ley más radical desde su infancia que ayudar a destruirla. Y no creo que importe tanto la sociedad que se piensa construir tanto como el placer sádico-anal que encuentra el niño en vencer edípicamente al

1 Resulta, por cierto, esencial repasar el libro de Marcuse (2003), **Razón y revolución**, para comprender mejor cuáles fueron los contenidos de su crítica y posicionamiento al sistema capitalista a partir del estudio de la obra de Hegel y Marx. Baste ahora una reflexión de Marcuse que explique desde donde formuló su teoría de la revolución y el

padre que lo ha abandonado o lo fustiga sin piedad en la realidad cotidiana día a día. Nos dirá Bruno de Fernando: "Lo que yo vi de él siempre fue desagradable. Se consideraba por encima de la sociedad y de la ley. 'La ley está hecha para los pobres diablos', afirmaba" (p. 470).

Así, en la cuarta parte de *Sobre héroes y tumbas*, Sábato, de manera más o menos descubierta, muestra con sutileza e intenta desnudar a través de la mirada de Bruno el recorrido de Vidal Olmos, la presencia del joven Carlos y personajes como Max Steinberg o los terribles Podestá o Cráter, el rostro impostado de los intentos de revolución contruidos en Argentina y cómo la misma lógica interna de estos movimientos favorecería la definitiva llegada de los tiempos de la ley absoluta, la dictadura, en Argentina a partir de 1930.

La lucha de Fernando contra el estado burgués y sus asaltos con grupos anarquistas a bancos se nos

aparecen así como venganzas personales contra la negra historia de su familia. Atentados contra el poder del que su familia dispuso un día. La batalla de Fernando es, por tanto, individualista y preñada de un egoísmo similar a la del conquistador hispánico que ha degenerado, por mor de las circunstancias, de conquistador abelita a rebelde y expatriado cainita. Y esto es lo que nos señala Sábato. La impostura sufrida y surgida en una tierra como la Argentina: quienes dispusieran la diabólica ley sobre un territorio virgen luchan ahora —y una vez que la situación se ha vuelto contra ellos— contra esa misma ley. Y cómo fue un defecto de ceguera de tantos revolucionarios que habitaron en Argentina, pensar que las condiciones que propiciaban el decrepito caos de lo argentino estaban ligadas íntimamente a las circunstancias que propiciarían el estallido de la Revolución Rusa.

porqué él mismo, en parte, predijo su fracaso a partir de su lectura de Marx: "El incremento en el aparato de producción y distribución sobrepasó el control individual o de grupo y originó una jerarquía de burocracias públicas y privadas, con un alto grado de neutralización de las responsabilidades. Aun en la cima de la jerarquía, donde la responsabilidad es identificable y definitiva, los intereses específicos de individuos o grupos sólo pueden afirmarse supeditándose al interés de la preservación y expansión del aparato tomado como totalidad. Este último es, en efecto, la encarnación de la voluntad general, de la necesidad colectiva. Y como este interés, al menos en los países industriales avanzados, mantiene a la sociedad en funcionamiento, en condiciones cada vez mejores y con una mejor satisfacción de las necesidades, la racionalidad de la oposición aparece aún más espuria, si no carente de sentido" (420).

No. Como ya apuntaran Martínez Estrada (1983) y Héctor Murena (2002), Argentina era consecuencia y causa de la ideología de Occidente pero existía en ella toda una historia espuria negada –la historia del oro y el conquistador impío, la historia de la cegada ley– y un rencor latente en todo el país gracias a la cantidad de cabezas e ilusiones cercenadas por la desilusión que no podían permitir el nacimiento de una revolución pura. La lucha era por el oro y por el manejo de la ley total. No era por la liberación del alma profunda de América que siempre había sido negada y, en este sentido, la lucha generada por los nuevos caídos había de encontrar el rotundo vacío y fracaso de sus esperanzas o la contraréplica indiscriminada de quien manejara el poder. Argentina había sido, desde siempre, el reino de las armas y así debería seguir siéndolo, como aprendiera el ya mentado Carlos desde su traumática infancia: “¿la patria de quién?, se preguntaba Carlos. (...) No había patria, ¿no lo sabía yo? Había el mundo de los amos y el mundo de los esclavos. ¡Pan y libertad!, gritaban obreros venidos de cualquier parte, mientras los señores, aterrorizados y furiosos, lanzaban la policía y el ejército sobre aquella turbamulta” (p. 472).

Y por ello Bruno, al contar su juventud a Martín y la decisiva importancia que para tantos jóvenes

emigrantes poseyera la Revolución Rusa, no puede más que, lúcidamente, constatar esta equivocada concepción del país que habría de hacer perecer toda lucha, estuviera más o menos justificada sobre conceptos legítimos de igualdad: “He aquí una de las grandes contradicciones de nuestra formación y uno de los hechos que durante tanto tiempo cavó abismos entre nosotros y nuestra propia patria; por tomar contacto con una realidad fuimos enajenados de otra. Pero ¿qué es nuestra patria sino una serie de enajenaciones?” (p. 476). Y es que, en realidad, y lo que de una manera clarividente queda explicitado con radicalidad en la obra de Sábato, los emigrantes también se encontraron cegados como el antiguo conquistador para observar en el espejo europeo de la Argentina su verdadera realidad americana. Argentina había de ser como para los antiguos bandidos y pícaros de España su salvación, el Dorado inacabable donde bañarse en oro por el que mereciera la pena construir como ya hiciera Lope de Aguirre una rebelión, más aún cuando ese oro se encontraba ahora guardado y acumulado en los bancos que Fernando y su banda se dedicaran a asaltar. Nos dirá Bruno: “¡La patria! ¿La patria de quién? ¡Habían llegado por millones de las cuevas de España, de las miserables aldeas de Italia, de los Pirineos. Parias de to-

dos los confines del mundo, hacinados en las bodegas pero soñando; allá les espera la libertad, ahora no serían más bestias de carga. ¡América! El país mítico donde el dinero se encontraba tirado en las calles" (p. 472).

De hecho, resulta curioso observar las diferencias entre el hijo desposeído de los derechos de la ley, Fernando, y el hijo eternamente castigado por la ley, Carlos, pues esto ayuda a entender el porqué de la introducción en el comunismo de Carlos a partir de su conocimiento de Fernando. El hijo castigado, Carlos, lucha contra una afrenta, un golpe recibido, un castigo inmerecido y continuado en el tiempo. No sabe lo que es el poder porque nunca su mano pudo guiarlo y su relación con la ley es la del castigado a sorber siempre los latigazos de la fusta. Se le ofrece un arma, como Cramer hará, y él la aceptará. La cruz y rendición, para Carlos, han de nacer gracias a la muerte y asesinato del Imperio romano. Su lucha es contra el hombre que dicta la ley pero no posee una visión clara del porqué de la existencia de esa misma ley. Cuando mata es víctima y cuando muere —como le sucederá a él en un tanque en España— no es mártir. Es rebelde defenestrado que no había podido construir un sí en su interior sino por oposición a ese no que le niega las mínimas condiciones para

el disfrute de la vida. Carlos vive del no porque es hijo del engaño y, frente a las apariencias, comprende en su soledad que el asesinato o su muerte son rostros de la nada y de ese no que le pertenece y del que hará su emblema en Argentina, España o cualquier lugar donde la lucha revolucionaria se establezca. Y al ser su lucha construida a partir de una negación su vida se consume cegada bajo un ciclo de repeticiones que llevan a la destrucción. Cualquier lugar, cualquier país y cualquier hombre puede ser vejado y se ha de luchar contra esa vejación en nombre de los oprimidos que, sin embargo, no pueden comprender la radical contradicción de esta lucha: liberarse de la muerte construyendo más muerte. Vislumbrar un reino igualitario de pureza a través de la sangre que, sin embargo, no ha de ser nunca el mismo, no sólo dependiendo de cada país, como en el caso argentino, sino teniendo en cuenta las especificidades de cada individuo. Edificar un mundo liberado a través de las armas para cada hombre sin tener en cuenta los deseos ulteriores de cada uno de los hombres. Un sueño justo pero, al mismo tiempo, incapacitado para responder a la injusticia sino con más injusticia. Es decir, un mundo que lucha contra la ley para construir más ley y que, en el fondo, la legítima, le da la razón gracias a un



procedimiento inverso. Si Caín mata a Abel a causa de su madre o su hermana, la ley ha de ser implantada antes o después. El incesto ha de ser prohibido y los depositarios del poder han de regular para que éste no se produzca.

Al contrario, Fernando, como hemos podido ya observar, es el hombre que conoce la arbitrariedad de la ley. Su familia la sostuvo y la ejecutó tanto como la sufrió. Es quien conoce la doblez y el revés de cada mandamiento y observa con mirada perdida y alocada la prohibición. La prohibición regula el germen mismo de la vida en que tuvo que apoyarse para erigirse en norma, en ley. El padre ha de negar al niño aquello que cuando jugaba más le hacía disfrutar. Y ahora a él, a Fernando, a los Olmos, le prohíben todo aquello gracias a lo cual se engendró el país argentino, la fortuna de las burocracias, de los estados europeos y de los Acevedo. A sus hermanos, los Acevedo, Abel, les permiten seguir jugando la aventura de América, pero a él no. Él ha de ser entonces el ángel exterminador que se levante contra la injusticia de la ley para crear un mundo sin ley. Donde no importen las últimas consecuencias de los actos ni las muertes. Es el mundo sin Dios. Pues para matar a Satanás, al mal que domina el mundo, -y este es el error de la lucha anarquista como pone de manifiesto

Sábato— es necesario también matar a Dios en los hombres, la libertad que funda toda rebelión y también todo poder. Y así, Bruno —en una reflexión que determinaba la construcción de *Los justos* de Albert Camus— por ejemplo expresará consternado ante estas contradicciones: “El Estado Burgués defendía implacablemente sus privilegios, armado hasta los dientes, no perdonaba vida ni libertad, la justicia y el honor no existían para esos déspotas que sólo perseguían el mantenimiento de sus privilegios. Pero ¿y los inocentes que se mataban a veces con las bombas anarquistas? Y además ¿podría alcanzarse una sociedad mejor mediante la violencia y la venganza? ¿No eran los anarquistas los verdaderos depositarios de los mejores valores humanos: de la justicia y la libertad, de la hermandad y el respeto al ser viviente?” (pp. 483-484).

Sin embargo, y ahí radica la fascinación que ejerce Fernando, él es un disidente del reino de la justicia y la libertad y no tiene remordimiento alguno por ello. Quien fue la ley sabe que la ley es injusticia, arbitrariedad y no puede medir rigurosamente el amplio espacio en el que se desenvuelve la naturaleza humana. Quien mató para construir un reino único es hijo de la ley nacida de actos como el asesinato de Abel y del beneficio que de la misma se puede extraer y quien está mejor preparado

para destruirla. Es quien la ha cumplido rigurosamente y se siente engañado por ella quien la violenta con más facilidad. Si la ley obligaba —de manera implícita— a matar, y así se fundamentó la construcción de la Argentina, volver a poseer la ley para quitarle su poder, luchar contra ella para mostrar su faz asesina y mentirosa, ha de justificar no importa cuantas muertes. La lucha es de los hombres por la libertad, es la de Caín por disfrutar de cuantas mujeres de su familia quiera, pues la prohibición del incesto lejos de frenar la guerra o el acto asesino, la ha acrecentado. No importan cuántas víctimas inocentes mueran para liberar al hombre de la ley, pues lo que no puede haber en un mundo sometido a la ley es la inocencia<sup>2</sup>. ¿Cuál es la ley que se puede construir a partir de la destrucción de la ley?, ¿cuál es el reino que se puede validar cuando los hombres ocupan el lugar que hasta ahora estaba destina-

do al hacedor del mal, a Satanás? “¿Un mundo sin leyes es mundo libre? Tal es la pregunta que plantea toda revuelta” (Camus, 2001:189), venía a expresar, por otra parte, Albert Camus.

Esta es la cegada pregunta sobre la que se levanta el no de Fernando a la vida. Su afirmación es negación radical de la vida en cuanto no puede reconocer el bien, no puede aceptarlo ni verlo. El bien es, para Fernando, en última instancia, producto del mal. Cuando Caín mata a Abel hace bien, piensa Fernando. Él ocupa el lugar en la tierra que deseaba ocupar Satanás. El reino es ahora de los hombres. Pero hay un vacío que es la ausencia de Dios. Y este vacío sólo puede ser llenado afirmando el mal. Si Cristo demostró ser hijo de Dios no fue sino gracias al mal. Si la muerte de Cristo certifica la verdad radical del advenimiento del reino de lo divino hay que golpear a Cristo una y otra vez

- 2 Nos indica a este respecto Albert Camus, ahondando en el sentido último fatal de la lucha anarquista que, justamente, “después de haber alabado la Unidad Absoluta, Bakunin se lanzó al maniqueísmo más elemental (...). La historia está regida por dos únicos principios, el Estado y la revolución social, la revolución y la contrarrevolución, que no se trata de conciliar, sino que están empeñados en una lucha a muerte. El Estado es el crimen (...). La revolución es, pues, el bien. Esta lucha, que rebasa la política, es también la lucha de los principios luciferinos contra el principio divino (...). Bakunin deja entrever inmediatamente la profundidad de una revuelta aparentemente política. “El Mal es la revuelta satánica contra la autoridad divina, revuelta en la que nosotros vemos al contrario el germen fecundo de todas las emancipaciones humanas” (...). La lucha contra la creación será, pues, sin cuartel y sin moral; la única salvación está en el exterminio” (187-188).

hasta matarlo de nuevo. Y el mayor santo es quien con más crudeza aprieta los clavos contra su piel. El santo es Caín a pesar de ser un asesino. El héroe es quien roba y asesina, quien atenta contra la propiedad. Ninguna mujer u hombre puede ser propiedad nuestra pues lo que se demuestra cuando no existe la ley, es que todos somos hermanos incestuosos, hijos del incesto entre Yahvé y la madre, a quienes va a buscar Fernando inconscientemente a los confines de la tierra para asesinarlos de una vez y ocupar su puesto o morir para siempre.

En suma, Fernando es el judío sin ley. El judío antes del Sinai. El hombre ante quien, como expresara Gabriel Albiac, “la ley se anonada” y al fin lo reconoce su dueño. Pues si la ley mató al hijo de Dios, el nuevo Mesías, debe, “antes que nada, ser violador sistemático e implacable de ese residuo muerto de los tiempos periclitados que es la Torá. Porque sólo en la violación de la Torá es cumplida la Torá”. Y así, el Cristo deviene Anti-Cristo que aniquila todo pasado y memoria, siguiendo una regla bien aprendida por todo hijo maldito: “No hay pureza sino en la trasgresión del abismo”(Albiac, 1987:40-41), como indica Albiac. De esta manera, para Fernando establecer el mundo originario no significa pensar a partir de la muerte de Cristo. Significa ir que-

mando etapas hacia atrás. De Cristo hacia la ley y del tiempo de la ley al tiempo ahistórico, al tiempo del incesto y del hombre sin historia, cuando el oro es excremento natural que no puede ser poseído por nadie. Cuando el excremento y el alimento están al alcance de todos los hombres como de las bestias. Significa volver a recuperar la oportunidad de partir hacia América y mezclarse sin ley alguna con el territorio para comer ya no el libro, como los judíos ortodoxos, sino la tierra sin importarle si ésta ha de ser compartida con los indígenas o no. La tierra, el excremento que no es oro, es de todos y sólo gracias a la ley se establecen los poseedores. El recorrido anarquista de Fernando es una lucha a ciegas por intentar cambiar la historia de su familia e instaurar un tiempo salvaje en América –ya que, de todas maneras, la instauración de la ley no ha frenado ni la animalidad, ni la bestialidad– para que reine el instinto sin freno. El incesto primero quiere significar, en definitiva, que todos somos hijos del mismo clan y no importa entonces quién pueda tener más o menos. La historia de los Acevedo como la de los abelitas es la historia escrita. La historia de los Olmos debería ser primera, incestuosa y, por tanto, una historia que no distinguiera entre poseedores y desposeídos, pues si la familia y la hermana y la mujer y

hermanos e hijos son todos de la misma sangre no hay ni puede haber guerra ni necesidad sin satisfacer. Todos deben satisfacerse en una orgía revuelta y donde los rostros se confunden para construir ensamblados el rostro de un Dios desconocido que es el de la humanidad reconociendo para siempre su naturaleza animal. Lo que es sin duda uno de los grandes errores de toda esta cegada lucha que se sustenta en el olvido del espíritu. Pero es ahí —mirando esta historia desde un punto de vista gnóstico— adonde conduce la envidia que siente el ángel Samael porque Jehová, de todos los ángeles rebeldes al creador, haya sido quien se haya atribuido todo el poder sobre este mundo.

Precisamente, según el **Zohar**, en realidad, Yahvé no habría aceptado los sacrificios que le donara Caín pues estos estaban dirigidos, en principio, a Samael, el ángel de la muerte. Así, por ejemplo, el rabí Siméon piensa que el sacrificio realizado por Caín al fin de los días, "es el final de (...) la carne". Y este final ha de corresponderse con la llegada del "ángel de la muerte". De hecho, para el **Zohar**, alejado de toda posible interpretación gnóstica: "Caín era hijo del soplo de la impureza, representado por la serpiente maligna, y como él emanaba del Ángel de la muerte" (p. 277), Caín habría asesinado a su hermano.

De esta manera, si nos guiamos por la interpretación judía, podemos imaginar que el Caín anarquista, el incestuoso y que sufre en sus carnes el terror de compartir su hermana con Abel, habría realizado un pacto con quien, necesitado de usurpar el poder de Satanás para establecer su imperio igualmente maligno, le permitirá fecundar a las mujeres que desee frente a Jehová, el gran tentador. Caín se plegaría frente a Samael porque él es el rebelde contra Satanás pero al ser envidioso de su poder no puede prometer más que un reino sin ley que es, a su vez, contrario al Verdadero Creador. Pero frente a la ley injusta, Caín elige el mundo sin ley. Él no quiere ni puede reconocer a ese terrible padre. Prefiere pensarse hijo de Samael, cuya sangre también ha de estar en sus venas, pues toda existencia y realidad y, sobre todo, la de los ángeles rebeldes, es incestuosa. Así, ante la dictadura del diablo, se alía con otro demonio menor pero, realmente poderoso, Samael, para vencerlo. Caín mata a Abel y piensa poder disfrutar de sus hermanas y madre para siempre, pero como su acto es maligno y cegado y el poder del mal ha recaído en Satanás, finalmente, Samael y él perecen ante la treta que el diablo ha inventado. Caín no morirá. Será exiliado. Por tanto, no podrá entrar en el dominio de Samael, en los terrenos de la muerte donde el ángel chupará su sangre y

se la mostrará orgulloso a una Lilith ya descompuesta declarándose el más grande señor del mal y de la tierra. Y, de esta manera, Yahvé –dejando vivir a su hijo y una vez muerta la inocencia de Abel– habrá vencido dos veces. Sobre los vivos y sobre su terrible oponente, Samael, que no podrá jamás disfrutar de esta pieza rendida a su terreno y que para siempre vagará por los mundos debiendo aprender a regirse por los designios de la ley si quiere conservar su vida o llegar a redimir su falta. A partir de ahora los hombres tendrán que sojuzgarse a sí mismos, huir del incesto y serán más fáciles de controlar y dominar. Bastará encontrar una raza dispuesta a ser la elegida para que los dominios del mal se extiendan sobre el mundo y el único alabado sea el demonio verdadero. Además, nadie sabrá o sospechará que el gobierno del mundo como el de la familia está basado en el incesto y el crimen excepto cuando las consecuencias sean irreparables o se escuche la expresión de los hombres que recuerdan y vuelven a repensar la primera historia: los artistas, los inconscientes gnósticos que extraerán la más bella revelación del mensaje de Cristo y la historia de Caín sobre la que haría falta otro artículo completo para extraer sus últimas enseñanzas para una novela como la de Sábato.

Es difícil no imaginarnos las consecuencias de esta narración cuando revisamos la historia de la familia Olmos. Y es en verdad muy significativo que la presencia de los judíos en la vida de Fernando tenga un papel verdaderamente decisivo como asimismo en los actos de la vida social argentina que contemplara Bruno y que desembocarán –una vez que Fernando inicia su rebelión anarquista y engendra a Alejandra con su prima carnal, Georgina– en el golpe de Estado ya mentado de Aramburu en 1930. Ahí finaliza la rebelión del mal contra el mal, de Samael contra Satán: en el fortalecimiento de este último. Así, por ejemplo, lo visualizaba igualmente Camus observando el oscuro rincón en que desembocarían la lucha de Pisarev o de Bakunin, en torno a su cegado razonamiento: “Destruirlo todo es condenarse a construir sin fundaciones; (...) Quien rechaza todo el pasado, sin conservar nada de lo que puede servir para vivificar la revolución, se condena a no encontrar justificación sino en el futuro y, mientras tanto, encarga a la política justificar lo provisional. Bakunin anunciaba la dictadura, no contra su deseo de destrucción, sino en conformidad con él. Nada podía detenerlo, en efecto, en este camino, puesto que en la hoguera de la negación total se habían fundido también los valores éticos” (Camus, 2001:190).

Y sería muy interesante descifrar el recorrido oculto que Bruno solamente entreve, y que lleva a Fernando a realizar su infausta rebelión y su ulterior investigación a través de los mundos de la ceguera. Precisamente, según le cuenta Bruno a Martín, Fernando se habría perdido en uno de sus muchos viajes en la isla de Juan Fernández, la misma en la que emplazó Defoe a su Crusoe, rodeado de hechiceros y magos con los que comenzar su conjura contra el reino de Jehová. En esta isla, Crusoe encontraría a Viernes que es el "otro" sin máscaras y no es vano recordar que el viernes fue el día anterior a la creación del hombre por el relato genésico. Es el día de antes del encierro del hombre en el paraíso y de toda la narración que Sábado intenta deconstruir en sus novelas y contra la que lucha Fernando, aun a pesar de que no posea una explicación coherente para oponerse al primer relato y en su lucha final quede devorado en las mismas tinieblas de un secreto y revelación —el de la creación— que ha de quedar vedado al hombre destructivo. A los hombres que se encadenaron al castigo del judío errante y no pudieron respetar la pluralidad del mundo, quisieron someterlo a su ley y observaron la creación como un misterio gracias a cuyo conocimiento —por la magia o la ciencia— podrían dominar el mundo. Ser los dioses del planeta

como antes lo habían sido de América y como habría de serlo toda raza elegida por Dios para implantar sus designios en el mismo, como supieran los jefes nazis. Además, el viernes es el día consagrado a los animales, a las bestias y en una isla desierta este es el nombre elegido por Robinsón para humanizar al "indígena" y huir de la dictadura de lo único. Como asimismo certificará en el caso de Fernando su necesidad de profundizar en la bestialización y animalización del hombre para borrar el sello cegado que desde el nacimiento de Adán encadena a los hombres a la voz de la ley.

Asimismo, la figura de ese judío heterodoxo llamado Max Steinberg y que aparece unida a Bruno y a Fernando no es nada fortuita, si tenemos en cuenta lo referido anteriormente sobre la importancia de los judíos en toda revolución. Steinberg es todo lo contrario a un judío ortodoxo. No acapara el oro, lo gasta y, básicamente, no sabe qué hacer con él. Se regodea en el Colón contemplando la excelsa opera de Honneger, *El rey David*, tal vez para volver a recordar una historia de la que es partícipe con el fin de reconstruir sus orígenes semitas y forja una estrecha alianza con Fernando contra el poder terrestre de todos los gobiernos de los que, hemos de suponer, es incansable luchador desde los terribles sucesos que llevaron a

su madre, Nadia, a ser hacinada en uno de los innumerables progroms de los judíos en Rusia.

Así, son los judíos insumisos. Rebeldes a todo poder, sabedores del hiato vacío entre el pueblo y ellos gracias al que fundamentan su gobierno. Y si Yahvé no los ha dominado, su furiosa voz no los ha aplacado, menos habrá de hacerlo la palabra de cualquier Estado, como el zarista, que asuma su realeza y mandato directamente de la divinidad. Saben cuál es el punto flaco de todo poder unívoco. Y recuerdan los puntos elididos de los textos bíblicos, constitucionales o regios como nadie para forjar en el medio revolucionario la imposible hermandad entre seres de distintos estratos<sup>3</sup>. Ese

el judío renegado. El hombre que conoce y sabe del incesto y que busca en los "otros" las partículas de su ser original perdido para iniciar la revuelta contra quien condenó al pueblo judío a errar sin descanso y contra quienes escriben ahora los apartados de la ley. Quien despilfarrara el oro y lo falsifica, gozando porque, por fin, se ha desprendido del excremento que no le permite gozar del cuerpo, de la vida, sometido continuamente a su digestión alimenticia con la que el avaro o el estado burgués lo cuida, lo guarda. El hombre que descifra intuitivamente el texto cerrado, lo abre a su dimensión plurívoca y conoce el porqué del secreto y receloso miedo que tienen los sacerdotes del templo a que

3 No es vano añadir aquí sobre esta problemática -la del judío enfrentado a su propia ley-, unas agudas reflexiones de Ricardo Forster (2003), en torno a la obra de Scholem y la doctrina shabataísta que, sin duda, está omnipresente en toda la realidad narrada por Bruno a Martín y en el porqué de la importancia de los distintos judíos conectados a toda una sociedad a punto de ser traumatizada y paralizada por el mentado golpe de Estado de Aramburu. A la vez, es necesario apuntar las conexiones entre el nombre del judío fundador de este movimiento, Sabbetai y las del escritor argentino, Sábato, con cuya doctrina su obra tanto tiene en común. Nos dice Forster que "la transgresión de la ley como corolario del advenimiento de los tiempos mesiánicos constituyó uno de los motivos centrales", por ejemplo de la escritura de Natán de Gaza y que fue esencial a la hora de fundamentar el anarquismo teocrático de Scholem. Para Scholem "La innovación de la versión shabataísta es que no basta con extraer las chispas de santidad del dominio de la impureza. Con el fin de completar su misión, el poder de la santidad -tal como se encarna en el Mesías- debe descender a la impureza, y el bien debe asumir la forma del mal (...). (La) liquidación dialéctica del mal exige no sólo el travestimiento del bien bajo la forma del mal, sino su total identificación con este último. El Mesías (ha de descender) al dominio de la quelipá para destruirla desde el interior". Nos señala Forster que en judaísmo, lógicamente, vivió la experiencia shabataísta de manera traumática, pues "junto a esta dialéctica de bien y de mal, de catástrofe y esperanza, también aparece ese otro

los hombres lo recorran con libertad o puedan acceder a las páginas guardadas con siete candados del primer texto. Realizar el incesto y el crimen es adentrarse en lo "primero". En lo "otro" que está prohibido al hombre, pero que se encuentra unido a él por fuerzas primigenias, míticas y telúricas que, precisamente, el mismo texto bíblico justifica y muestra veladamente gracias a su necesidad de condenarlo por fuerza de la autoridad posteriormente. Y, sin embargo, abrir o desvelar el texto oculto, romper la prohibición y disentir de la ley de la fuerza a través del asesinato o el incesto, es permitir que los siete jinetes del Apocalipsis se desplieguen en toda la extensión mayor de su fuerza por la tierra. Y por ello, sabiamente, Bruno entiende en el gesto de Fernando, en su unión con

Max, sus tropelías con las bandas de asaltantes de Avellaneda, sus excursiones a lo oculto y su relación con Georgina, un conjunto de signos individuales pero de dimensiones colectivas que propiciarían la pérdida definitiva de la inocencia del país argentino. Su enterramiento en la fosa dictatorial. El dragón que Fernando y sus compinches han ayudado a despertar y que Barragán en *Abbadón el exterminador* observará años después alzarse por Buenos Aires. El dragón que ruge violentamente en el fondo de Alejandra obligándole a devorar a sus amantes y cuyo fuego sólo puede vencer el héroe inocente, Martín, desnudo de toda vestidura, sin armadura y asiendo como única arma la espada de la fe.

rasgo nihilista ligado directamente con el anonadamiento de la ley y con la pérdida de todo principio de autoridad fundado en la tradición". "La Torá -nos continúa señalando Forster- tal como repetían una y otra vez los shabetaicos más extremos, es "la simiente de la Salvación y, así como la simiente tiene que pudrirse en la tierra a fin de florecer y dar frutos, la Torá debe ser subvertida a fin de aparecer en su verdadera gloria mesiánica". De esta manera -y esto puede observarse en la novela de Sábato- "entrar en la modernidad, volverse revolucionarios y anarquistas, significó para muchos judíos hacerse cargo de este antiguo mandato antinomista. Quebrar el imperio de la ley para realizar, en el seno de la historia, el reino de los justos constituyó el giro radical hacia un mesianismo secularizado que atravesará con la fuerza de un huracán a la generación de la que formaron parte Benjamín, Kafka, Scholem, Trotski, Buber (...). En sus experiencias particulares esta trasgresión tuvo que ser contra los ideales burgueses de sus padres que asumían los rasgos de un mandato legislativo al que había que desestructurar. Y en ese conflicto sería de suma importancia la recuperación de aquellos legados que, en el seno del judaísmo, les ofrecían un claro ejemplo de heterodoxia y rebeldía herética como sin duda lo fue el de los shabetaístas" (99-100).



Le dirá Bruno a Martín: "Pienso en aquel tiempo tan remoto" como un "momento precisamente vinculado a la presencia de Fernando, como si él fuese un símbolo oscuro de aquella época de mi vida y a la vez la causa más poderosa de mis cambios. Porque en aquel año 30 mi existencia entró en uno de sus momentos de crisis, es decir, de enjuiciamiento, y todo empezó a vacilar bajo mis pies: el sentido de mi vida, el sentido de mi país y el sentido de la raza humana en general" (p. 471).

Comprendiendo esto, podemos entender que Fernando se case con una judía de 16 años y disfrute dilapidando la fortuna del señor Szenfeld quien, curiosamente, es el propietario de una tienda de textiles. Contra la ropa, contra la vergüenza de Adán y el pudor es la batalla de Fernando tan parecido en esto al Heligábalo destructor que creara Artaud. Esta es su batalla: erigirse en máquina de sexo, falo sin freno, bestial, sin ropa que lo contenga y desnudo para mostrar a los hombres su ceguera. Afirmar la memoria natural (el falo), verdadero y sin mentiras, incapaz de actuar o mentir ante los "otros", frente a la memoria cultural (el libro), artificio contrario a la verdad en cuanto responde a una separación radical entre el hombre y la naturaleza y siempre —por fuerza de su constitución— es manipulado ya sea de una u otra forma. Sin embar-

go, un exceso de memoria, de falo y de sexo es arriesgarse, a su vez, a recibir un ciego castigo, una vez que sin ética y ley, el hombre no genera, no puede conceder amor como muestra el clásico ejemplo de las bacanales y orgías de los romanos, donde este sentimiento se encontraba elidido, no existía ni podía ser considerado.

Dionisos se afirma en Fernando para mostrar el sexo de Adán orgulloso y furioso reclamando su derecho inalienable al goce, y el exceso le muestra las puertas de la sabiduría pero también de la locura. Lo dionisiaco eternamente sostenido en el tiempo disuelve las fronteras entre los ciegos y los vivos para inundar el mundo en un sueño de lágrimas, de niebla. La voluntad de poder perece sin el poder de la voluntad para ponerle freno pues el hombre no es una bestia. No es únicamente naturaleza y, por mucho que se rebele ante este hecho, ha de haber una ley que regule sus actos. Querer recordarlo todo, como enseñara Borges en su *Funes el memorioso*, es arriesgarse a olvidarlo todo. Querer hacer a los demás recordar su fin y su principio es condenarse a uno mismo a salirse de las vías del tiempo para, finalmente, no recordar quiénes somos. En suma, lo que pretendía Fernando. Huir de sí mismo. Como tantos hombres llegados a Argentina. Huir de su pasado sin comprender que esto significa

arriesgarse a no tener futuro como vivir únicamente en el pasado —que es el estado melancólico y, por tanto, el diabólico— significa privarse del presente. De ese presente de la patria siempre negado a los ciudadanos argentinos asustados y entumecidos a los que observaría Bruno años después de los sucesos que encumbraría a Aramburu en el poder, entendiéndolo asombrado que “en aquellas plazas y hasta en aquellos negocios y oficinas de Buenos Aires había miles de personas que pensaban o sentían más o menos lo que yo sentía en ese momento: gente angustiada y solitaria, gente que pensaba sobre el sentido y el sin sentido de la vida, gente que tenía la sensación de ver un mundo dormido a su alrededor, un mundo de personas hipnotizadas o convertidas en autómatas” (p. 491).

En esa huida de sí mismo para encontrar los reversos de su sombra, Fernando, como Jekyll y Hyde, y la luz y las tinieblas, certifica el pozo abierto del nihilismo por el que se desangra la sociedad argentina. Seguramente, Ana María, su madre y hermana de Patricio Olmos habría muerto —de entre las varias hipótesis barajadas— entre pastillas para dormir certificando el suicidio completo de una raza, de una sociedad. Los famosos compases de Cambalache no son, en realidad, más que una firma, un signo

que certifica el fin de la inocencia de una sociedad. Cambalache es fin definitivo de un ciclo, de un sueño y rito iniciático a través del que toda una sociedad toma conciencia de su vuelta a los tiempos de la caverna, su entrada en las tinieblas que Bruno y Sábato ejemplifican con la búsqueda vital de Fernando.

Ana María también pintaba guiando su mano entre las tinieblas de la vida para dar forma a una idea, encontrar alguna luz. Pero la luz de América fue cercenada por su familia. La pintura únicamente puede mostrar un vacío, un signo —lo indiano— que jamás se ve y se encuentra oculto. Supongo que para reintegrarse con este mundo, Ana María —la única mujer amada por Fernando— decide matarse. Y cuando la madre muere definitivamente, cuando la madre se mata, sus hijos están obligados a seguir su camino. Si la madre muere —lo que es imposible— como si no existe Dios, todo ha de estar permitido. Pero si la madre se mata no hay ni puede haber principio de realidad afectivo. La vida es una lucha y todos los hombres unos gladiadores dispuestos a demostrar el sinsentido de la existencia. La mujer, entonces, no existe como gustaba de decir Lacan, lo que permite vislumbrar el porqué Fernando maltrata a todas las mujeres que encuentra en su camino.

En realidad, el suicidio de una madre es el mayor imposible. Es matar a los hijos doblemente. Retozar en la nada hechizados entre los revueltos cabellos de Medea. Una especie de aborto realizado una vez que los mismos ya han nacido. Significa reconocer que no se puede luchar contra el mal. Es, de nuevo, luchar contra la ley que nos ofreció la vida pero no dio permiso para quitarla. Es el mayor incesto. Unirse a los hijos y los padres a través de la muerte, besar la cabeza sin cuerpo de Patricio Olmos y pasar de perseguido a perseguidor de una ley que ahora será quebrada en la otra vida si es que la misma existe. Es el acto que pensó en realizar Eva cuando comprobó que Caín debía separarse para siempre de su vientre y el mayor deseo de Lilith, obligada a ver morir a sus infantes cada día. Como, a su vez, es también el ritual que obliga a Caín, ya separado para siempre de su madre, a buscar el amor en sus hermanas, el gesto que certifica la apertura de las tumbas para comer el corazón de la madre ya perdido para siempre, la entrada en las tinieblas del mundo cegado. De nuevo, una pregunta se cierne ante el suicidio de Ana María: ¿en nombre de quién mataron a mi marido y mis padres dejaron la vida?, ¿quién me obliga a respetar la vida de mi hijo, Fernando, pero no me permite unirme a él para siempre y

así poseer a todos los hombres que me abandonaron?

Al contrario, la pregunta que subyace en Georgina, hija de Patricio Olmos y hermana del Bebe, es ¿por qué no hacer revivir a mi padre en Fernando gracias al hijo que perpetuará para siempre nuestro pasado cruento? Es, desde otro orden, la pregunta de Lilith: ¿cómo salvar a uno solo de mis hijos condenados a la muerte? Y la respuesta es siempre la misma. A través del incesto. El desafío a la ley. Gracias a un parto impuro con Samael que, únicamente, puede hacernos desgraciados al comprobar que el hijo nacido —en este caso, Alejandra— está destinado a la fatalidad y a la transmisión de la muerte. Por lo que es entendible que Georgina desaparezca para siempre de la casa de los Olmos poco después de dar a luz a Alejandra y la deje en recaudo de sus abuelos. Vivir con Alejandra más tiempo podría conducir a matarla. En todo incesto, la madre, inconscientemente, busca un varón y el padre, una hembra. Cada uno de los dos sexos busca continuar la tradición familiar con otro miembro de sexo diferente. En definitiva, como Caín y Abel y sus hermanas gemelas, cada uno de ambos busca desesperadamente otro gemelo u otra gemela sobre los que continuarse. El más fuerte de ellos la poseerá. Y salir, no formar parte o no ser incluido en este círculo de

procreación significa morir en vida como, prácticamente, le sucederá a Georgina. El duelo a muerte por la vida ha de ser ejecutado ahora por el padre –Fernando– y la hija –Alejandra–. Lilith sigue sin tener derecho al goce y disfrute de sus hijos y, clarividentemente, ha de comprender que antes o después se autodestruirán. Es lo que sugiere la cabeza de Patricio Olmos con la que se complacen en jugar una y otra vez Georgina y Fernando. Jugar con los muertos es una llamada a la muerte.

Por tanto, esta es la vía de Sodoma o la ruta del desdoblamiento según nos la presenta Sábato, como, asimismo, la metáfora más concisa para representar la historia del país argentino. Un extranjero, Patrick Elmees se introduce en Argentina, su nombre cambia y también su destino. Elmees, luego Olmos, perecerá asesinado en una lucha fratricida por hacerse con los controles de una tierra y una ingrata mujer a la que nadie quiso respetar pues los rasgos de su rostro la mostraban mucho menos digna de respeto que su gemela occidental con la que constantemente gozaba el padre. Había una sola mujer para dos hijos, para dos ejércitos que celosamente se miraban sin soportar el disfrute del uno o del otro con aquel cuerpo que únicamente le estaba destinado a uno de ellos. Los Nilsen del cuento de Borges la mataron y se encomendaron al olvido.

Eran gauchos. Los enaltecidos ejércitos unitarios y federales, sin embargo, no quisieron compartirla. El que posee una prostituta y la guarda en recaudo puede hacerse de oro, usufructuándola. Pero también morir de codicia.

De hecho, tal y como nos refieren Armand Abecassis y Jossy Essenberg (2004), existe un Midrach judío donde se nos relata una curiosa historia: "cuando un pobre llegaba a Sodoma, todo el mundo le daba caridad de tal manera que cuando había atravesado la ciudad, podía abandonarla muy rico. Sus manos estaban repletas de oro. Sin embargo, nadie había querido venderle un pan. De esta manera, el día después aquel extranjero fue encontrado muerto a la salida de la ciudad entre toneladas de oro" (p. 812).

Creo que este ejemplo, leído al revés, ilustra con claridad la historia del país argentino y ha de servirnos para irnos alejando progresivamente de la incestuosa casa de los Olmos. Cuando un emigrante llegaba a Buenos Aires, nadie le ofrecía una sola moneda de tal manera que cuando había atravesado la ciudad, se preguntaba dónde estaban los lingotes de oro que decían las leyendas que los porteños esparcían por toda Europa en fiestas descontroladas. Sus manos estaban vacías. En su afán de oro había llegado a rechazar el pan que alguien le ofreció. De esta manera, el día después aquel emigrante

sería encontrado a las afueras de la ciudad entre restos de basura. Había venido a buscar el paraíso pero había encontrado el infierno. Estaba de nuevo en Sodoma y Gomorra. En realidad, nunca había salido de ella.

Sin lugar a dudas, lo que más sorprende de la famosa destrucción de Sodoma y Gomorra es que sólo un hombre pueda salvarse. Sólo uno. Un elegido. Como asimismo únicamente un hombre pudiera salvar la vida en los tiempos del Diluvio Universal: Noé. El hombre que conducirá a su pueblo a heredar la tierra como Colón condujo a los hombres occidentales a conquistar el paraíso. Toda la tierra habría de estar entonces libre de pecado. Los incestuosos, los usurpadores de la propiedad ajena y los asesinos yacían bajo las aguas. Lo había dicho Yahvé. Sólo para uno toda la tierra. Sólo un lenguaje, sólo un hombre y sólo una raza. Y lo volvería a recordar Tolkien en su ciclo narrativo siglos después: sólo uno puede poseer el anillo. El anillo para poseerlos a todos.

Significativamente, del incendio de la vetusta mansión de la familia Olmos saldrán con vida Justina, la india y el Bebe, el loco, unido a su instrumento y que intenta aún de manera discordante hablar la música de las estrellas, de otro mundo. Creo con

este significativo hecho unido a la escapada de Martín hacia la Patagonia tras regalar su anillo a Hortensia y la tentativa de recuerdo y diálogo de Bruno, Sábado expresa con claridad desde dónde se ha de construir la nación argentina. En el sentido inverso a como esta torre incendiaria de soledad fue levantada. Desde el respeto a la pluralidad de todas las voces que forman parte de su suelo. La de los asesinos como Castel, los inocentes como Martín y, sobre todo, las de esa gran mayoría de la población que se encuentra sometida al desgarró y la contradicción constantes. Desde la Boca —la sonrisa todavía viva de un Goliath aún no golpeado por David— hasta Jujuy y Usuahia, pasando por la Pampa, Rosario, Córdoba y Mendoza.

Será entonces que los visitantes se acercarán a la Sodoma americana comprendiendo que es allí donde habita la verdadera vida y donde se encuentra el lugar que puede inyectar de vida a los hieráticos y salados rostros de las ciudades europeas. En el Evangelio de San Lucas (10, 5, 20) justo antes de la famosa metáfora de la caída de Satán que titularía un famoso libro de Girard,<sup>4</sup> Cristo lo señalaba. Mucho peor que la ciudad pecadora y cainita, Sodoma, ha de ser considerada, al fin de los

4 Nos referimos, claro, a *Veo a Satán caer como un relámpago*.

tiempos, aquella en que sus habitantes replegados sobre sí mismos no sean capaces de acoger a los extranjeros, dedicarles una sonrisa. El reino de Cristo no es grato para los cortesés y educados. Lo es mucho más para quienes no se esconden, dan la mano al desconocido y no niegan estar en falta.

De todas maneras, concluyendo, cabe afirmar que si somos hijos del incesto y el crimen, este hecho no tiene porqué justificar ni el uno ni el otro. Puede significar, asimismo, tomar conciencia de cuáles son las virtudes que se deben retomar para evi-

tar la destrucción, comenzar a caminar la ruta de la creación. En realidad, es la única manera de evitar que los lamentos y la tristeza embarquen de nuevo las ciudades construidas por Caín y sus hijos, y un Dios sin piedad vuelva a vencer una batalla sin final. Sería la manera de —como se vislumbra en *Sobre héroes y tumbas*— construir una patria argentina en paz que no tenga necesidad de recurrir a las armas para establecer un puente entre los distintos estratos de la sociedad dispuestos, al fin, a compartir los frutos de la tierra más allá del desacato o el cumplimiento de las leyes escritas o no escritas.

### Bibliografía

- ABECASSIS, Armand (1987). *La pensée juive. 2. De l'état politique à l'éclat prophétique*. Paris. Librairie Générale Française.
- ABECASSIS, Armand y EISENBERG, Josy (2004). *À bible ouverte. La Genèse ou le livre de l'homme*. Paris. Éditions Albin Michel, S.A.
- ALBIAC, Gabriel (1987). *La sinagoga vacía. Las fuentes marranas del espinosismo*. Madrid. Hiparión.
- CAMUS, Albert (2001). *El hombre rebelde*. Madrid. Alianza Editorial.S.A.
- FORSTER, Ricardo (2003). *Walter Benjamin y el problema del mal*. Buenos Aires. Grupo Editor Altamira.
- FREYMANN, Jean-Richard (2003). "Frères humains qui..." *Essai sur la ferocité*. Paris. Éditions Ères Arcanes, Apertura.
- GIRARD, René (2002). *Veo a Satán caer como un relámpago*. Barcelona. Editorial Anagrama.
- Le Zohar. Tome I. Préliminaires. Beréchit. Noah. Lekh Lekha*. (1981). Paris. Éditions Verdier.
- MARCUSE, Herbert (2003). *Razón y revolución*. Madrid: Alianza Editorial.S.A.
- MARTINEZ E., Ezequiel (1983). *Radiografía de la Pampa*. Buenos Aires: Losada.
- MOURAVIEFF, Boris (1989). *Gnosis. Cristianismo esotérico*. Buenos Aires. C.S. Ediciones.

- MURENA, Héctor A. (2002). *Visiones de Babel*. México : Fondo de Cultura Económica.
- SABATO, Ernesto (2000). *Sobre héroes y tumbas* dentro de *Obra Completa. Narrativa*. Buenos Aires. Planeta Argentina/ Seix Barral.
- SCHOLEM, Gershom (2003). *Las grandes tendencias de la mística judía*. Madrid. Siruela.